Primera parte: Generalidades



Mens agitat molem. Virgilio

La apostura de un hombre se adivina en su manera de llevar el bastón. Traducción Fashionable.

Capítulo primero: Prolegómenos

La civilización ha escalonado a los hombres en tres grandes líneas... Nos habría resultado fácil colorear estas categorías a la manera de Charles Dupin¹; pero como el charlatanismo constituiría un contrasentido en una obra de filosofía cristiana, evitaremos mezclar la pintura con los enigmas del álgebra y, al exponer las doctrinas más secretas de la vida elegante, trataremos de ser comprendidos incluso por nuestros antagonistas, la gente que lleva botas de campana.

Pues bien, las tres clases de personas que las costumbres modernas han creado son:

El hombre que trabaja; El hombre que piensa; El hombre que no hace nada.

De ahí derivan tres fórmulas de existencia bastante completas para expresar todos los modos de vida, desde la novela poética y vagabunda del *bohemio*, hasta la historia monótona y somnífera de los reyes constitucionales:

La vida ocupada; La vida de artista; La vida elegante.

§ 1 Sobre la vida ocupada

El tema de la *vida ocupada* no conoce variantes. Al trabajar con los diez dedos, el hombre abdica de todo destino; se convierte en un medio y, a pesar de toda nuestra filantropía, tan solo los resultados merecen nuestra admiración. En todas partes el hombre se pasma ante unos montones de piedras, y si se acuerda de los que las amontonaron, es para abrumarlos con su compasión; si bien el arquitecto se le antoja todavía un gran pensador, sus obreros no son más que una especie de tornos y quedan confundidos con las carretillas, las palas y los picos.

¿Es eso una injusticia? No. Semejantes a máquinas de vapor, los hombres enrolados por el trabajo producen todos ellos de la misma manera y no tienen nada de individual. El hombre-instrumento es una especie de cero social, y su mayor número posible no constituirá jamás una suma, a menos que venga precedido por algunas cifras.

Un labrador, un albañil, un soldado, son meros fragmentos uniformes de una misma masa, los segmentos de un mismo círculo, una misma herramienta que solo se distingue por el mango. Se acuestan y se levantan con el sol; unos al canto del gallo; otros al toque de diana; a este le corresponde un calzón de piel, dos varas de paño azul y unas botas; a aquel unos harapos cualesquiera; a todos, los alimentos más bastos; atizar el fuego o atizar a los reclutas, cosechar habichuelas o cosechar sablazos, este es, según las estaciones, el texto de sus esfuerzos. Para ellos, el trabajo parece ser un enigma cuya clave buscan hasta el último día. Con harta frecuencia, el triste *pensum* de su vida se ve recompensado mediante la adquisición de un pequeño banco de madera en el que se sientan a la puerta de su choza bajo un saúco polvoriento, sin miedo a que algún lacayo les diga:

¡Fuera de aquí, buen hombre! ¡Solo damos limosna el lunes!

Para todos esos infelices, la vida consiste en tener algo de pan en la alacena, y la elegancia de cuatro andrajos metidos en un arcón.

El pequeño tendero, el subteniente, el redactor a tanto la línea, son los tipos menos degradados de la vida ocupada; pero sus existencias siguen rozando la vulgaridad. Sus vidas siguen consistiendo en el trabajo y el torno; solo que el mecanismo es ahora un poco más complicado y en él la inteligencia se ceba con la escasez.

En la imaginación de esa gente, el sastre, lejos de ser un artista, se dibuja en forma de una factura despiadada; abusan de la institución del cuello postizo, se reprochan un capricho como si fuera un robo a sus acreedores, y para ellos un carruaje es un simón en las circunstancias ordinarias, y una calesa los días de entierro o de boda.

Aunque no ahorran como los obreros manuales para asegurarse comida y cobijo en la vejez, las esperanzas de su

vida de abeja no van mucho más allá: la propiedad de una habitación gélida en el cuarto piso de la rue Boucherat; una capa y guantes de percal crudo para la esposa; un sombrero gris y media taza de café para el marido; la educación en los curas de Saint-Denis o media beca para los hijos; carne cocida con perejil dos veces a la semana para todos. Esas criaturas no son ni del todo ceros ni del todo cifras, si acaso decimales.

En esta *città dolente*,³ la vida se resuelve con una pensión o unas rentas del Tesoro, y la elegancia con algún drapeado con flequillos, una cama en forma de barco y algunos candelabros con pantalla de cristal.

Si subimos unos cuantos grados más en la escalera social por la que la gente ocupada se encarama y se balancea como grumetes en las cuerdas de un gran navío, nos encontramos con el médico, el cura párroco, el abogado, el notario, el magistrado de nivel bajo, el negociante, el hidalgo sin recursos, el burócrata, el oficial de grado superior, etc.

Esos personajes son aparatos maravillosamente perfeccionados, con bombas, cadenas, péndulos; en fin, todos los engranajes tan cuidadosamente pulidos, ajustados, engrasados, que cumplen sus revoluciones bajo honorables gualdrapas bordadas. Pero esta vida es siempre una vida de movimiento en la que los pensamientos todavía no son ni libres ni ampliamente fecundos. Esos señores deben ejecutar diariamente cierto número de trucos inscritos en sus agendas. Esos libritos substituyen a los *perros de patio*⁴ que los acosaban en el colegio, y les mantienen siempre vivo en la memoria el hecho de que son esclavos de una

persona mil veces más caprichosa y más ingrata que un soberano.

Cuando llegan a la edad del descanso, el sentido de lo *fashion* se ha borrado y el tiempo de la elegancia ha huido para no volver. Así, el carruaje en que se pasean tiene estribos con varios escalones, o es tan decrépito como el del famoso doctor Portal.⁵ Entre ellos, el prejuicio de la cachemira sigue vigente: sus mujeres llevan entredós y lágrimas de cristal como pendientes; su lujo constituye siempre un ahorro; en su casa todo es siempre *señorial*, y en la portería de su casa se puede leer: «Diríjase al conserje». Si en la suma social contasen como cifras, serían unidades.

Para los arribistas de este grupo, la vida se resuelve con un título de barón, y la elegancia con un botones con muchas plumas o un palco en el teatro Feydeau.⁶

Aquí acaba la vida ocupada. El alto funcionario, el prelado, el general, el gran terrateniente, el ministro, el ayuda de cámara* y los príncipes están incluidos en la categoría de los ociosos y pertenecen a la vida elegante.

Después de haber concluido esta triste autopsia del cuerpo social, un filósofo siente un asco tal ante los prejuicios que llevan a los hombres a pasar los unos junto a los otros evitándose como culebras, que necesita repetirse: «Yo no construyo una nación a mi gusto, yo la acepto ya hecha.»

Esta reseña de la sociedad tomada en masa debe ayudar a concebir nuestros primeros aforismos, que formulamos así:

^{*} El ayuda de cámara es una especie de bagaje esencial para la vida elegante.

AFORISMOS:

I

El objetivo de la vida civilizada o salvaje es el reposo.

II El reposo absoluto produce el esplín.

III

La vida elegante es, en una amplia acepción del término, el arte de animar el descanso.

IV

El hombre acostumbrado al trabajo no puede comprender la vida elegante.

V

Corolario. Para ser fashionable, hay que disfrutar del descanso sin haber pasado por el trabajo: o sea, haber ganado el gordo de la lotería, ser hijo de millonario, príncipe, tener una sinecura, o varias.

§ II SOBRE LA VIDA DE ARTISTA

El artista es una excepción en todo: su ociosidad es un trabajo, y su trabajo un descanso; unas veces es elegante

y otras descuidado; cuando le apetece se reviste el blusón del labrador, y decide qué frac deberá llevar el hombre que quiera estar a la moda; él no sigue modas, las impone. Tanto si se ocupa en no hacer nada, como si medita una obra maestra sin parecer ocupado; tanto si conduce un caballo con bocado de madera como si guía con grandes riendas los cuatro caballos de un *britscka*;⁷ tanto si no tiene ni cinco céntimos propios como si reparte oro a manos llenas, él es siempre la expresión de un gran pensamiento y como tal domina la sociedad.

Cuando mister Peel entró en casa del vizconde de Chateaubriand,⁸ se encontró un gabinete con todos los muebles hechos de madera de roble; y fue allí donde aquel ministro, treinta veces millonario, descubrió súbitamente que todos los mobiliarios de oro o de plata maciza que atestaban Inglaterra quedaban aplastados por aquella sencillez.

El artista es siempre grande. Posee una elegancia y una vida propias, porque todo en él refleja su inteligencia y su gloria. Hay tantos artistas como vidas caracterizadas por ideas nuevas. Para ellos, la *fashion* debe ser algo sin fuerza: esos seres indomables lo modelan todo a su manera. Si se apoderan de una figura grotesca, es para transfigurarla.

De esta doctrina se deduce un aforismo europeo.

VI

Un artista vive como quiere... o como puede.

\$ 111 Sobre la vida elegante

Si omitiéramos aquí definir la vida elegante, este tratado quedaría cojo. Un tratado sin definiciones es como un coronel al que se le hayan amputado ambas piernas: solo es capaz de andar a trompicones. Definir es abreviar. Abreviemos, pues.

Definiciones

La vida elegante es la perfección de la vida exterior o material;

o bien:

El arte de gastarse los ingresos con inteligencia;

o aun:

La ciencia que nos enseña a no hacer nada como los demás, pareciendo que lo hacemos todo como ellos;

o tal vez mejor:

El desarrollo de la gracia y el gusto en todo lo que nos es propio y nos rodea;

o más lógicamente:

Saber hacerse digno de la fortuna propia.

Según nuestro honorable amigo E. de G.,9 sería:

La nobleza transmitida a las cosas.

Según P.-T. Smith:10

La vida elegante es el principio fecundante de la industria.

Para Jacotot, un tratado de la vida elegante es algo inútil, puesto que se encuentra todo entero en el *Telémaco*. (ver la Constitución de Salento.)¹¹ Si hacemos caso de Cousin,¹² la vida elegante residiría en un orden de pensamientos más elevado:

«El ejercicio de la razón, necesariamente acompañado por el de los sentidos, la imaginación y el corazón que, mezclándose con las instituciones primitivas, las ilusiones inmediatas del animalismo, va tiñendo la vida con sus colores.» (Ver, en la página 44 del *Cours de l'histoire de la Philosophie*, si la palabra «vida elegante» no es verdaderamente la clave de este jeroglífico.)

En la doctrina de Saint-Simon:

La vida elegante sería la mayor enfermedad que puede afligir a una sociedad, partiendo del principio de que «Una gran fortuna es un robo.»

Según Chodruc:13

Es un tejido de frivolidades y menudencias.

La vida elegante comporta sin duda todas estas definiciones subalternas, perífrasis de nuestro aforismo III; pero, a nuestro modo de ver, encierra cuestiones todavía más importantes. Para seguir fieles a nuestro sistema de abreviaciones, trataremos de desarrollarlas.

Un pueblo de ricos es un sueño político imposible de realizar. Una nación se compone necesariamente de personas que producen y personas que consumen. ¿Cómo es que quien siembra, planta, riega y cosecha es precisamente el que menos come? Este resultado parece un misterio bastante fácil de desvelar, pero que mucha gente se complace en considerar, en cambio, un gran pensamiento de la Providencia. Puede que ofrezcamos la explicación más tarde, al llegar al término de la vía que la humanidad sigue. Por el momento, y a riesgo de ser tildado de aristócrata, diré